

—Maldita serpiente de hija! ah! mala zizaña, demasiado sabes que te amo, y por eso abusas de mi amor, degüellas á tu padre. Pardiez! habrás echado nuestra fortuna á los pies de ese miserable que lleva botas de marroquin. Por el alma de mi padre! no puedo deseredarte, voto al diablo! pero te maldigo á tí, á tu primo y hasta á tus hijos! Ya no puede suceder nada de bueno de todo esto ¿entiendes? Si es Carlos á quien... pero no, no es posible. Como! aquel títere de sobrino podría haberme robado?...

Y clavó los ojos en su hija que continuaba siempre muda y fria.

—No se moverá, no, no bajará los ojos! ira de Dios, mas Grandet es ella que yo. Al ménos no habrás dado tu oro por nada. Veamos, dí?

Eugenia echó á su padre una mirada irónica de que se ofendió.

—Eugenia, estás en mi casa, en casa de tu padre; para permanecer en ella debes estar bajo mis órdenes. Los confesores te mandan obedecerme.

Eugenia bajó la cabeza.

—Me ofende V. en lo que tengo mas caro, continuó, no quiero verla á V. mas que sumisa. Vaya V. á su cuarto, y allí vivirá V. encerrada hasta que yo le permita la salida. Allí Mariana la llevará á V. pan y agua. ¿Me ha entendido V.? Ea! fuera!.....

Eugenia rebotó en lágrimas y se fué junto á su madre.

Despues de haber dado Grandet un cierto número de vueltas en su jardin, por encima la nieve, sin apercibirse del frio, se acordó que su hija debia encontrarse en el cuarto de su mujer. Entónces, contento de poder sorprenderla en contravencion de sus órdenes, subió la escalera con la ajilidad de un gato, y apareció en el cuarto de madama Grandet, en el acto que esta acariciaba los cabellos de Eugenia, cuyo rostro descansaba en el seno maternal.

—Consuélate, pobre hija mia, tu padre se aplacará.

—Ya no tiene padre! contestó el terrible tonelero. —¿Es posible, mujer; que tú y yo hayamos hecho una hija desobediente como esta? ¡Linda educacion! ¡y relijiosa sobre todo!—Y bien! ¿es este su cuarto de V.? Vamos, á la prision, á la prision, señorita!

—¿Querrás privarme de mi hija, Grandet? dijo la pobre señora, con el rostro enrojecido por la fiebre.

—Si quieres á tu hija, llévatela, y salidme las dos de casa. Cuerpo de Dios, ¿donde está el oro? ¿que se ha hecho del oro?

Eugenia se levantó, lanzó una mirada de orgullo á su padre, y entró en su cuarto, cuya puerta cerró aquel con llave.

—Mariana, gritó en seguida, apaga el fuego de la sala.

Y fué á sentarse en un sillón junto á la chimenea de su mujer, diciéndola:

—Lo habrá dado sin duda á ese miserable seductor de Carlos, que no queria mas que nuestro dinero.

Madama Grandet, halló en el peligro que amenazaba á su hija, y en el sentimiento mismo que tenia por ella, bastante fuerza para permanecer en apariencia fria, muda y sorda.

—Yo nada sabia de todo esto, respondió, volviéndose al otro lado de la cama para no ver las feroces miradas de su marido. Sufro tanto por tu violencia que si he de creer mis pensamientos, no saldré de aquí mas que para el sepulcro. En este momento debieras tenerme compasion, Grandet, á mi que no te he dado jamás la menor pesadumbre; á lo menos así lo creo. Tu hija es inocente como el niño que acaba de nacer; así, no la hagas sufrir mas penas, revoca la prision. El frio es muy vivo y podrias causarla una grave enfermedad.

—No quiero verla ni hablarla. Permanecerá en su cuarto á pan y agua solamente, hasta que haya satisfecho á su padre. Rayo de Dios, un jefe de familia debe saber por donde va el oro de su casa. Ella poseia las únicas rupias que habia en Francia tal vez, las únicas jenovesas, los únicos ducados de Holanda.

—Grandet, Eugenia es nuestra hija, y aun cuando las hubiese arrojado al rio....

—¡ Al rio! ¡ al rio! exclamó. Estás loca, mujer. Lo que yo he dicho, está dicho, ya lo sabes.

Si quieres tener la paz en casa, confiesa á tu hija, y escudriñala bien; las mujeres se entienden mejor que nosotros en estos asuntos. Cualquier cosa que haya hecho, por eso me la comeré yo acaso? tiene miedo de mi? Aunque hubiese dorado á su primo de pies á cabeza, ahora está en alta mar, y yo no puedo correr tras él...

—Y bien, Grandet!

Escitada por la crisis nerviosa en que se hallaba ó por la desgracia de su hija que la desplegaba su ternura y su intelijencia, la perspicacia de madama Grandet la hizo apercibir un movimiento terrible en el lobadillo de su marido, en el momento en que iba á contestar: entónces cambió de idea sin mudar de tono.

—Y bien, Grandet, yo no tengo mas imperio sobre ella que tú. Ella nada me ha dicho. Está bajo tu poder.

—Canario! como tienes la lengua esta mañana! Ta, ta, ta, ta! tu quieres confundirme segun parece. Yo creo que estais acordes las dos.

Y miró fijamente á su mujer.

—En verdad, Grandet, si quieres matarme, no tienes mas que continuar de esta manera. Ya lo he dicho, y aunque hubiese de costarme la vida, repitiera siempre lo mismo: obras mal contra tu hija; ella es mas razonable que tú. Ese dinero la pertenecia, ha podido hacer de él un buen uso, y Dios solo tie-

ne derecho de conocer nuestras buenas obras. Grandet, te suplico vuelvas á tu hija la libertad y tu amor. De esta manera disminuirás el efecto del golpe que me ha causado tu cólera, y me salvarás tal vez la vida. Mi hija, Grandet! vuélveme á mi hija!

—Me marchó! dijo él. Mi casa es inaguantable! madre é hija razonan y hablan como si...Broouuh! Puah!

—No me ha dado V. mal aguinaldo, Eugenia. Sí, sí: ya puede V. llorar. No la faltarán á V. remordimientos. ¿De que demonio sirve confesarse dos veces y comulgar otras tantas cada mes, si despues da V. á hurtadillas el oro de su padre á un holgazán, que, cuando no tenga otra cosa, la roerá á V. el corazón? Ya verá V. lo que vale ese Carlos con sus botas de marroquin y su cara tan linda. Ese mozalvete no tiene corazón ni alma, pues se atreve á llevarse el tesoro de una pobre muchacha, sin el consentimiento de sus padres.

Así que la puerta de la calle estuvo cerrada, Eugenia salió de su cuarto y fuése al de su madre.

--Cuanto valor ha tenido V. por mí, madre mia!

--Ya ves, hija mia, lo que producen las cosas ilícitas. Tú me has obligado á mentir.

--Oh! ya pediré á Dios que me castigue á mi sola.

--Señorita! dijo Mariana llegando toda fatigada, este pastel podrá durarla á V. ocho dias; y como

hace frio, no se echará á perder. Así alménos no estará V. rigurosamente sujeta á pan y agua; lo cual no puede ser sano de ningun modo.

--Pobre Mariana! respondió Eugenia, apretándola la mano.

--Lo he hecho bueno y sabroso, y él no lo ha visto. Con mis seis francos, de que soy dueña y señora, he comprado lardo, laurel y lo demas que necesitaba.

Y se fué en seguida creyendo oír á M. Grandet.

Por espacio de algunos meses, el viñero fué á ver constantemente á su mujer, á horas diferentes, durante el dia, sin pronunciar jamas el nombre de su hija, sin verla, ni hacerla alusion alguna. Madama Grandet no salió de su cuarto, y de dia en dia su salud empeoró. Nada fué bastante para ablandar al viejo tonelero. Permanecia inflexible, frio, y áspero como una columna de granito. Iba y venia, segun su costumbre. Solamente no tartamudeó mas, bostezó menos, y se mostró en los negocios mas duro que lo habia sido jamás. Lo que hacia era equivocar con frecuencia algun guarismo.

--Alguna cosa ha pasado en casa Grandet, decian los Cruchotinos y Grassinistas.

--¿Que ha sucedido en casa Grandet? Esta era la cuestion jeneral en todas las tertulias de Saumur.

Eugenia asistia á los oficios, acompañada de Mariana. Cuando, al salir de la iglesia, madama de

Grassins la dirigía alguna palabra, respondía de una manera evasiva y sin satisfacer su curiosidad.

Sin embargo, á los dos meses fué imposible estar oculto por mas tiempo, ya á los tres Cruchot, ya á madama de Grassins, el secreto de la reclusion de Eugenia. Pasaron algunos dias en que faltaron pretextos para justificar su perpetua ausencia; pero luego, sin que fuese posible saber por quien habia sido descubierto el secreto, toda la villa supo que, desde el primer dia del año, la señorita Grandet estaba, por orden de su padre, encerrada en su cuarto á pan y agua y sin fuego; que Mariana la entraba de vez en cuando alguna cosa al escondite, durante la noche; y se sabía aun mas, que la jóven no podia ver, ni cuidar á su madre sino cuando su padre estaba ausente de la casa.

Entonces la conducta de M. Grandet fué juzgada con toda severidad. Toda la villa lo puso como quien dice fuera de la ley, acordándose de sus traiciones y de sus durezas, y lo escomulgó. Cuando pasaba por la calle, todo el mundo chuchoteando le señalaba con el dedo.

Al bajar su hija por aquella calle tortuosa para ir á misa ó á vísperas, acompañada de Mariana, todos los habitantes salian á sus ventanas para examinar con curiosidad el continente de la rica heredera y aquel rostro en que se veía impregnada la melancolía y una dulzura anjelical. Su reclusion

y el haber caido en desgracia de su padre era muy poca cosa para ella. ¿No veía el mapamundi, el pequeño banco, el jardin, el musgo de las paredes, y no saboreaba todavía en sus labios la miel que habian dejado en ellos los besos del amor? Ignoraba, como tambien su padre, las conversaciones de que era objeto en la villa: religiosa y pura ante Dios, su conciencia y el amor la ayudaban á sufrir pacientemente la cólera y venganza paternal.

Pero un dolor profundo superaba á los demas dolores. Su madre, dulce y tierna criatura, á quien embellecia el resplandor que desprendia su alma al acercarse á la tumba, aquella madre perecía de dia en dia. Eugenia se reprochaba con frecuencia de haber sido la causa inocente de la cruel y lenta enfermedad que la devoraba, y sus remordimientos, aunque calmados por su madre, la unian mas estrechamente á su amor. Todas las mañanas, luego de haberse salido su padre, se iba al borde de la cama de su madre, y allí Mariana la ofrecia su desayuno. Pero la pobre Eugenia triste y sufriendo por las angustias de su madre, mostraba su rostro á Mariana, lloraba, y no se atrevia á hablar de su primo.

Madama Grandet era la primera que se esforzaba en decirle:

—¿Donde se hallará? ¿por que no escribe?

Madre é hija ignoraban completamente las distancias.

—Pensemos en él, madre mia, respondia Eugenia y no hablemos mas. V. sufre! V. sobre todo.

Todo era él.

—Hijos míos, decia madama Grandet, no siento perder la vida. Dios me ha protegido haciéndome arrostrar con alegría el colmo de mis miserias.

Las palabras de aquella mujer eran siempre cristianas y santas. Cuando á la hora del almuerzo su marido iba á pasearse en su cuarto, durante los primeros meses del año, repitióle siempre los mismos discursos con una dulzura anjelical, pero con la firmeza de una mujer, que, sintiendo acercarse su muerte, sacaba fuerzas que no habia tenido durante la vida.

—Te doy las gracias, amigo mio, por el interés que te tomas por mi salud, respondíale cuando la preguntaba la cosa mas leve, pero si quieres que mis últimos instantes sean menos amargos y deseas aliviar mis dolores, vuelve tu gracia á nuestra hija, y muéstrate buen padre y buen esposo.

Al oír estas palabras, M. Grandet se sentaba cerca de la cama, á la manera de un hombre que, viendo venir un aguacero, se pone tranquilamente al abrigo de una puerta cochera. Escuchaba con calma á su mujer y no respondia palabra. Cuando su esposa le dirijia las mas penetrantes y tiernas exclamaciones, solia decirla:—Estás un poco pálida hoy, mujer.

El mas completo olvido de su hija parecia estar gravado sobre su frente rugosa y en sus labios cerrados. Ni le estimulaban tampoco las lágrimas que sus vagas respuestas hacian correr por el blanco rostro de su esposa.

—Dios te perdone, Grandet, como yo te perdono. Algun día tendrás necesidad de induljencia.

Desde aquella larga enfermedad, Grandet no habia osado servirse de su terrible ta, ta, ta, ta, ta! pero, no por esto habia desarmado su despotismo para con aquel ánjel de dulzura cuya belleza aumentaba de día en día, por la espresion de las cualidades morales que florecian sobre su rostro.

Su mujer era todo alma. El jenio de la súplica parecia purificar y ennoblecer los mas groseros rasgos de su cara, que se la veian resplandecer. ¡Quien no ha observado el fenómeno de esta transfiguracion en la imájen de los santos, en que las habitudes del alma acaban por triunfar de los rasgos mas rudamente contorneados, imprimiéndoles la animacion particular de la nobleza y la pureza de elevados pensamientos? El espectáculo de esta transformacion, llevada á su colmo por los sufrimientos que consumaban los restos del ser humano en aquella mujer, obraba, aunque débilmente en el tonelero, cuyo carácter permanecia de bronce; pues si bien sus palabras no eran ya desdeñosas, un imperturbable silencio, que salvaba su superioridad de padre de familia, dominó su conducta.

Cuando su fiel Mariana iba al mercado, no dejaban de zumbarle en los oídos algunas sátiras y quejellas contra su amo; pero, aunque la opinión pública condenaba altamente al tío Grandet, la criada le defendía con orgullo, por el honor de la casa.

—Y bien! decía á los detractores del avaro, el endurecerse un poco no es propio de todos los viejos? que extraño es que lo sea un tanto mi amo? Callad pues tantas mentiras: mi señorita está como una reina: está sola, y bien! este es su gusto. Por otra parte, mis amos tienen allá sus razones.

En fin, una tarde, cercana al fin de la primavera, madama Grandet devorada por un pesar mas cruel todavía que la enfermedad misma, no habiendo podido alcanzar, á pesar de sus súplicas, la reconciliación de Eugenia con su padre, confió sus secretas penas á los Cruchot.

—Tener una hija de veinte y tres años á pan y agua! exclamó el presidente de Bonfons, y sin motivos! Oh! esas son crueldades de tormento, y ella puede protestar tanto en tribunal, como.....

—Vamos, sobrino, dijo el notario, déjate esa jergonza forense. Y V. señora Grandet, esté segura que desde mañana concluirá esta reclusión.

Eugenia, así que oyó que hablaban de ella salióse de su cuarto.

—Señores, dijo adelantándose con un movimiento lleno de orgullo, ruego á ustedes que no se ocu-

pen en este negocio. Mi padre es el amo de la casa, y por tanto debo obedecerle mientras la habite. Su conducta, de que él no debe cuenta mas que á Dios, no se ha de someter á la aprobación ó desaprobación de nadie. Así reclamo de la amistad de ustedes el mas completo silencio con respecto á mí. Criticar á mi padre sería atacar mi propia consideración. Agradezco á ustedes el interés que se toman por mí, pero me obligarán todavía mas, si acallan los murmullos que corren por la villa, y que por casualidad han llegado á mis oídos.

—Mi hija tiene razón, dijo madama Grandet.

—Señorita, respondió respetuosamente el notario, móvido de la belleza que el retiro, la melancolía y el amor habían impreso en el rostro de Eugenia; señorita, la mejor manera de acallar esos murmullos es hacer que su padre de V. la vuelva la libertad.

—Muy bien. Hija mia, deja que M. Cruchot arregle este negocio, supuesto que promete salir airoso: y así es de esperar, pues nadie sabe mejor que él como se debe tratar á tu padre. Si quieres verme dichosa, durante el poco tiempo que me queda de vida, es menester que tu padre y tú estéis reconciliados.

El día siguiente, según la costumbre que había adaptado M. Grandet desde que Eugenia estaba en reclusión, se fué á pasear un rato por el jardín, y

este rato era siempre el que empleaba Eugenia para peinarse. Cuando el avaro llegaba al corpulento nogal, ocultábase detrás del tronco, y permanecía durante algunos instantes contemplando la larga madeja de pelo de su hija, flotando sin duda entre los pensamientos que le sujeria la tenacidad de su carácter y el deseo de abrazar á Eugenia. Sentábase con frecuencia en el mismo banco en que Carlos y Eugenia se habian jurado un amor eterno, mientras que ella contemplaba á su padre á hurtadillas ó en el espejo. Si él se levantaba y empezaba su paseo, sentábase ella á la ventana y poníase á examinar aquella pared, de la que colgaban las mas hermosas flores, y en cuyas grietas nacian *albohóles* y *arañuelas* y una planta pastosa blanca ó amarilla, muy abundante en Saumur y en Tours, y que se cria entre las viñas.

Una mañana pues del mes de junio presentóse muy temprano M. Cruchot, y halló al viñero sentado en el banquillo, apoyada la espalda en la pared mediera y ocupado en contemplar á su hija.

—¿En que puedo servir á V. maese Cruchot? dijo al ver al notario.

—Vengo á hablar á V. de negocios.

—Ha! ha! ¿Quiere V. que le cambie un poco de oro en escudos?

—No, no; no se trata de dinero, sino de Eugenia su hija de V. Todo el mundo habla de ella y de V.

—¿Que le importa al mundo? El carbonero es rey en su casa.

—Por supuesto, el carbonero es dueño de asesinarse, ó lo que es peor, de echar su dinero por la ventana.

—Como? como?

—Amigo mio, la mujer de V. está mala. V. debiera consultar á M. Bergerin: porque está en peligro de muerte, y si llega á morir sin haber sido cuidada como se debe, creo que no estará V. muy tranquilo, Grandet.

—Ta, ta, ta, ta, ¿sabe V. lo que tiene mi mujer? Esos médicos una vez han metido el pié en una casa, la visitan cuatro ó cinco veces al día.

—En fin, Grandet, hará V. lo que le plazca. Somos amigos de mucho tiempo, y no hay en Saumur un hombre que tome por V. el interés que yo: ahora ya se lo he dicho á V.; tiene V. juicio, y está en edad de saber lo que se hace. Por otra parte, tampoco es esto lo que me trae aquí: trátase de otra cosa quizás mas grave aun; pues me parece que V. no tiene ganas de matar á su mujer. Esle á V sobrado útil y, segun veo, V. no ha considerado todavía la situacion en que se hallaria cara á cara con su hija, si ella llegase á morir. Eugenia podria reclamar cuentas, y tendria el derecho de partir los bienes de V. y de hacer vender á Froidfond, puesto que V. no puede desheredar-

la, en razon de que al casarse con su madre se hizo comunidad de bienes.

Estas palabras produjeron el efecto de un rayo, pues el avaro que no entendia en cosas de lejislacion tanto como en comercio, no habia jamás pensado en una licitacion.

--Por esto, añadió Cruchot, aconsejo á V. que trate á Eugenia con dulzura.

--Pero ¿sabe V. lo que ha hecho?

--Que? dijo el notario deseoso de recibir una confidencia de M. Grandet y de saber la causa de la querella.

--Ha dado todo su oro.

--¿Y que? ¿no era suyo?

--Todos me responden eso, repuso el avaro, dejando caer los brazos de un modo trájico.

--Vamos! por una miseria, continuó Cruchot, quiere V. poner obstáculos á las concesiones que quiera V. pedirle cuando muera su madre?

--Como! ¿miseria llama V. á seis mil francos en oro? Humf.

--Amigo mio, ¿y sabe V. lo que valdrá el inventario y la division de bienes, si su hija Eugenia la requiere?

--Cuanto?

--¡Veinte ó treinta mil francos! cincuenta ó sesenta mil acaso! ¿No sabe V. que será preciso manifestar su hacienda y pagar enormes derechos, en vez de que, arreglándose.....

--¡Por el alma de mi padre! exclamó el tonelero, que se sentó palideciendo, ya verémos esto, Cruchot.

Pasado un momento de silencio y de agonía, contempló al notario y le dijo:—La vida es bien dura, y está llena de dolores, Cruchot. ¿V. no me quiere engañar? Júreme V. sobre su honor que lo que me acaba de decir está fundado en derecho. Enséñeme V. el código, enséñemelo, que quiero verlo.

--Pobre amigo mio, ¿cree V. que no sé aun mi oficio?

--¿Con que es cierto? con que mi hija me puede despojar, vender, matar y devorarme?

--La herencia la pertenece.

--Pues entonces ¿de que sirven los hijos? Oh! mi mujer, mi mujer! á mi mujer yo la amo! Afortunadamente es robusta, y está buena.

--No tiene ni un mes de vida.

El tonelero se dió un golpe en la frente, marchó, volvió, y lanzando una mirada terrible á Cruchot, dijo:

--¿Pues que he de hacer?

--Eugenia podrá renunciar pura y simplemente á la sucesion de su madre. V. no quiere desherrerarla ¿no es verdad? Pues bien, para obtener una concesion de esta especie, es menester que V. no la maltrate. Lo que yo le digo á V. está en contra de mis intereses: porque á mí, que es lo que me con-

viene sino liquidaciones, inventarios, ventas y divisiones?

—Ya verémos, ya verémos. No hablemos mas de esto, Cruchot, V. me ha revuelto las entrañas. ¿Ha recibido V. oro?

—No, pero tengo algunos luises, diez ó doce, que le enviaré á V. Amigo mio, haga V. la paz con Eugenia, pues todo Saumur le critica á V.

—¿Y que les importa á los que me critican?

—Vamos, dejemos eso. Las rentas están á 97 y 75. Esté V. contento á lo menos una vez á la vida.

—¿A 97 y 75, Cruchot?

—Sí.

—Como! á 97 y 75! repitió acompañando á Cruchot hasta la puerta de la calle.

Luego hallándose sobrado ajitado por lo que acababa de oír para permanecer en casa, subióse al cuarto de su mujer y la dijo:—Vamos, hoy podrás pasar el día con tu hija, pues yo me voy á Froidfond. Estad alegres las dos. Este es el cumpleaños de nuestro casamiento. Toma, querida mia, ahí tienes diez escudos para la mesita de la procesion del Corpus. Hace ya tiempo que deseas tener una, con que ya puedes alegrarte y estar contenta tú y tu hija también. Divertios mucho y viva la alegría.

Echó pues diez escudos de seis francos en la cama de su mujer, de quien tomó con las manos la cabeza para besarla la frente.

—Te encuentras mejor ¿no es verdad?

—Como puedes pensar en recibir en tu casa al Dios que perdona, cuando tu hija está desterrada de tu corazon.

—Ta, ta, ta, ta, respondió cariñosamente, ya verémos esto.

—¿Bondad del cielo! Eugenia! gritó la buena madre encarnada de alegría, ven y abraza á tu padre que te perdona!

Pero este habia ya desaparecido, huyendo á mas correr hácia sus cercados, procurando poner en órden sus ideas desordenadas. Grandet entraba entonces en los sesenta y dos años de su edad. Es de saber que desde dos años antes su avaricia se habia acrecentado como se acrecientan todas las pasiones persistentes en el hombre. Siguiendo una observacion hecha sobre los avaros, los ambiciosos y los demás hombres cuya vida está consagrada á una idea dominante, sus sentimientos se habian inclinado mas particularmente al símbolo de su pasion. La vista del oro y su posesion eran su monomanía. Luego habiendo crecido su espíritu de despotismo en proporcion de su avaricia, el abandonar la direccion de la menor parte de sus bienes, por la muerte de su muger, le parecia una cosa CONTRA NATURA. Manifestar su fortuna á su hija y á.... Inventariar todos sus bienes muebles é inmuebles!!! Habia para cortarse el cuello, se dijo él mismo en